

Godard y Miéville

Soft and Hard



Llamil Mena Brito

ANNE-MARIE MIÉVILLE LOGRÓ LO QUE NINGÚN otro elemento pudo hacer con Jean-Luc Godard: convertir su eterno diálogo con el cine en una opción de intimidad. Esa intimidad que doma la ideología y deja respirar al discurso. El hogar al que se llega después de un duro día de trabajo.

Todo debió comenzar el día en que estos dos seres se conocieron. Jean-Luc, en la absoluta efervescencia de su vida y obra ideológica; Anne-Marie, joven y en el comienzo de su vida como fotógrafa. Desde ese momento y hasta el año que hoy nos interesa, 1985, este par inició una de las asociaciones más íntimas en la historia del cine. Una que hasta la fecha continúa tan fructífera y honesta como aquella tarde en que Miéville visitó en el hospital a Godard, quien se hallaba al borde de la muerte. Decenas de proyectos han firmado en conjunto en esta relación. Cada movimiento que Godard ha emprendido desde entonces ha encontrado el nombre de Anne-Marie acompañándolo en los créditos, y ella también, en su vida como directora de cine. Pero sólo una de muchas colaboraciones ha quedado como referente de lo que —a préstamo de Mahmud Darwish— puede ser la esencia de esta pareja: “una mujer libre y su amigo fiel”. Esa obra llevó el nombre de *Soft and Hard* y suele acompañarse con el subtítulo: *Soft talk on a hard subject between two friends*.

La relación entre dos seres humanos —el cariño, la creación y el devenir— es ese “duro tema”; Godard y Miéville, los dos amigos, artistas y compañeros de vida, dialogan a la luz de su vida doméstica sobre su otra vida, la artística; donde la compañía se desdobra de manera idéntica a la sentimental: un constante monólogo de Godard que Miéville convierte en diálogo, un acompañamiento a dos voces. Y es importante saber que





éste no es un producto *sui generis* en la obra de Godard, esta forma, la del ensayo que explora con el diálogo (su voz) la realidad política y estética del mundo, es ahora la otra gran parte de la filmografía del director suizo. Una completamente distinta a la que en los sesenta vio, a partir de su obra en las salas, una revolución para la historia del cine.

Recapitulemos. Ya para los setenta Godard había creado un nicho en la televisión del que ya nunca más se alejaría; se encontraba en una misión, crear una reflexión cinematográfica, pedagógica y militante. Una actividad que tiene como referente al 68 francés y al grupo Dziga Vertov, del que fue padre fundador, pero que hasta hoy podemos definir como un estilo y un modo de resistencia a cualquier convencionalismo cinematográfico. Fue la televisión el espacio idóneo para sus experimentos que podemos llamar con confianza ensayos visuales y donde se percibe una comodidad y un sólido pretexto para usar este formato como laboratorio. Un lugar donde se puede hablar de otras cosas, alejado de los compromisos de la taquilla y del largometraje. Sus ensayos visuales para televisión son hoy la otra mitad de su vasta producción y contienen, sin duda alguna, sus más densas e íntimas reflexiones sobre temas recurrentes en todo el cuerpo de su obra, específicamente, la abstracta pregunta por la imagen y su relación con el mundo.

Siempre resultará sencillo caracterizar estos ejercicios como densamente políticos e impenetrables. La educación elemental, Palestina, los movimientos

estudiantiles y obreros, la cultura popular; todos, temas que flotan en la conciencia de un artista comprometido con su época y su circunstancia y que fueron tomados como motivos para un ejercicio mucho más ambicioso que el de documentar un contexto: hacer del cine un arte que cuestione la realidad desde su más básico fundamento, el lenguaje.

En *Soft and Hard* la creación y el amor son los temas que se desdoblaron y desarrollan. Términos paralelos y a la vez equidistantes, de cuyos excesos ha bebido insaciablemente Godard y que ahora son propuestos desde una perspectiva extraña, la conversación doméstica. Deliberadamente hermoso, un ensayo visual más, que por instantes libera la presión de la impenetrabilidad inmediata y nos deja acceder a una intimidad asequible, aunque de ninguna manera sentimentalista. Godard y Miéville nos invitan a un denso diálogo, predispuesto desde el título y la primera secuencia. Un sutil inicio donde se enumeran frases compartidas en las voces de ambos protagonistas. Hechos históricos, circunstancias políticas y eventos culturales que crean el contexto de un presente pronunciado como el pretérito de la época desde la que decidieron emprender esta obra. “Aun estábamos buscando el camino a nuestro lenguaje”, dice Godard, inaugurando el diálogo para después ser invitados a la cotidianidad de sus vidas; donde la Miéville diseña arreglos florales y escribe letras y Godard escapa al aburrimiento de dormir, mientras escribe ideas, y al aburrimiento de vivir, mientras juega al tonto con su raqueta de tenis. Pero ese devenir



Soft and Hard,
Dirección de Jean-Luc Godard
y Anne-Marie Miéville
Francia/Inglaterra, 1985, 47 minutos.

diario del hogar es también el de su empresa, aquella fábrica donde se piensa y monta el cine. Este mítico hogar que juntos construyeron en Suiza y donde la vida misma es cine.

Hay un poco de Woody Allen y sus comedias románticas en la forma de tratar la parte “suave” de esta vida, al fin una farsa que deliberadamente nos proponen los artistas como un guiño a un amor y una convivencia absurda pero no imposible, hasta que súbitamente Godard sentencia el comienzo de la parte “dura”. “Como creo imágenes en lugar de hijos, ¿acaso eso impide que yo sea un ser humano?”

Es entonces que se entra de lleno en la reflexión sobre la creación y el acto de engendrar. Y así la vida, el espacio diario donde se inventa y se sobrevive, es puesta en crisis a la vista de aquello que perdurará: una vez más la imagen y la memoria, lo que convierte al hombre en ente histórico y al artista en posibilidad política.

El trayecto no es fácil. Godard da la espalda a la cámara mientras Anne-Marie vulnera el carácter sentencioso de su pareja. Godard tiene problemas para filmar el amor, Anne-Marie intenta hallar el origen de esta incapacidad. El monólogo de la obra temprana de él es vuelto diálogo en su presente, ahora ella lo

acompaña, pero la deficiencia sigue allí, siempre en cada nuevo proyecto. No es tan sencillo crear amor. Pero tampoco es imposible hacer del devenir diario un momento de trascendencia estética.

Soft and Hard es este ir y venir sobre el duro tema de la creación y la vida, y no es superficial la insistencia. Y es desde el formato mismo donde está puesto el acento.

Una frontera invisible entre la ficción y el documental. Similar en confección a la relación de una pareja cuyo término, el amor, se rebasa, repasa y vulnera.

La forma en que una pareja sentimental se acompaña en una carrera artística no deja de tener siempre tintes místicos y, por momentos, tediosos. Y es que existe como dada la condición de emular el trabajo y la vida sin distinción, pensar que donde se quiere de igual manera se trabaja, conceder de lleno el resbaloso nexo amoroso. Godard y Miéville conocen ese estereotipo sin sentirse incómodos; es por eso lo de la farsa de la comedia romántica y la absoluta seriedad de la entrevista sin cortes ni movimientos de cámara. Y es importante saber que ésta no es una ventana ni un viso a lo que sucede tras las paredes. Es algo más cercano a una confesión y una crítica a la misma intimidad propuesta mediante una cámara.

Anne-Marie Miéville siempre acompañará a Jean-Luc Godard. Es esta una asociación que ha logrado desarticular el mito godardiano. Aquel Jean-Luc Godard de los años sesenta es ya un nostálgico recuerdo. Anne-Marie Miéville es la única certeza con un pasado. Pero el movimiento que emprendieron juntos sigue siendo el de una resistencia y una pugna por un mundo distinto. Ahora, aún ahora en el 2012, las batallas por la imagen siguen discutiéndose y produciéndose en la misma casa donde, en 1985, se habló desde un amor maduro y se creó una obra de cuarenta minutos donde la vida, el arte y la política son un diálogo justo entre dos amigos que comparten la historia. 